

**Anneliese Meis W.**  
Profesora de la Facultad de Teología  
Pontificia Universidad Católica de Chile

## La actualidad teológica de la obra literaria de Gertrud von Le Fort: Revelación velada para un mundo falto de cobijo (1)

Resulta difícil explicar la actualidad teológica de Gertrud von Le Fort en este preciso momento posconciliar, cuando la Teología se ha puesto tan plural que parece chocar de frente contra el edificio literario lefortiano, que está perfilándose con tanta homogeneidad, aparentemente sin mucha sintonía con las tendencias predominantes recientes (2). O ¿sucede que toda actualidad emerge precisamente allí donde menos se la sospecha, porque requiere de un perfil nítido, con identidad de rostro, como el de Dios, que habla cual Padre en el Hijo por el Espíritu Santo antes que se hable de El? De hecho, la Teología no se debe comprender sólo como un *discurso sobre Dios*, sino en cuanto ciencia del *Dios que habla*, del mismo modo como la poesía posibilita a la realidad el expresarse. En este caso, Gertrud von Le Fort sería una intérprete ideal de la Teología plural en su expresión trinitaria.

Sin embargo, dicho perfil religioso homogéneo no es el único reto que pone en jaque la actualidad teológica de la poetisa germana: más que eso su marcada y entusiasta catolicidad parece ser la que torna sus escritos obsoletos, a la luz de una Teología posconciliar abierta al diálogo ecuménico con todas las religiones. Pero ¿y si esta catolicidad comenzara a abrirse ante los ojos de aquel que se adentra en la complejidad de la argumentación lefortiana, como un “sentirse parte del todo...”? Sin duda, emergería lo inesperado: debajo del entusiasmo de la poetisa convertida del protestantismo a la fe católica —la que nunca renegó pese a su *retirada pública* (3)—, sangra aquella herida de la Iglesia de Cristo, que a todos nos desgarrar también hoy en Chile, y que requiere de paradigmas de comprensión teológica nueva y de una conducta renovada. Gertrud von Le Fort, en efecto, se siente urgida por esta situación vivida en carne propia, de tal

- 
- (1) El presente estudio representa un aporte al homenaje de la poetisa germana, que se realizó en la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile, el día 25 de octubre de 1996.
  - (2) E. BISER, *Überredung zur Liebe. Die dichterische Daseinsdeutung Gertrud von Le Forts*, Regensburg, 1980.
  - (3) *Hymnen an die Kirche*, München, 1924; *Das Schweisstuch der Veronika*, München 1960; *Der Kranz de Engel*, München, 1963.

modo que el dejarse tomar de la mano por ella y sus reflexiones será de actualidad acuciante: con una delicadeza excepcional, que a la vez es firmeza irreprochable, ella invita a reconocer: “todos tenemos culpa” (4), y luego nos insta confiadamente: “todos podemos mejorar” (5).

Cual debiera ocurrir con cualquier obra literaria, la de Gertrud von Le Fort proyecta una peculiar visión del mundo, visión que desde el Vaticano II atrae la especial atención del quehacer teológico. He aquí otro desafío para reconocer la actualidad teológica de la presente obra: en efecto, el mundo lefortiano pareciera orientarse por patrones de épocas pasadas, como la monarquía y el imperio, aunque transita hacia la democracia, a través de una firme resistencia al nacionalsocialismo; la autora nunca niega su origen aristocrático, ni oculta sus dudas y dificultades respecto de otras expresiones del orden público, sobre todo si involucran el poder de las masas. Sin embargo, no requiere de gran esfuerzo el penetrar las concreciones de la cosmovisión lefortiana hacia su fondo. Las infinitas variables a lo largo de la historia humana, que la poetisa proyecta con singular maestría, no tardan en revelar su núcleo más propio: el sentimiento de abandono y falta de cobijo, aquella angustia existencial que inquieta e interpela, de modo sumo, no sólo la Filosofía y la Psicología, sino también la Teología. De ahí, pues, que no podrá dudarse que el aporte de Gertrud von Le Fort se hará escuchar hoy —aunque la autora nunca manifiesta alguna sintonía especial con estas ciencias— de manera particular si pensamos en los errores del pasado que nos aquejan, pero también si encaramos el siglo venidero.

Finalmente cabe señalar la dimensión más honda y persistente de la obra de Gertrud von Le Fort —aunque de menos repercusión actual—, y que se articula de modo transversal a lo largo de todos sus escritos: la femineidad y todo cuanto tiene vínculos con la mujer. Pese a la cercanía de la poetisa hacia el surgiente movimiento feminista y los aportes relevantes a la comprensión de la mujer, Gertrud von Le Fort no ha sido tomada en cuenta por aquellas personas que deciden hoy sobre la llamada Teología feminista: procuran excluirla del mismo modo como excluyen toda diferencia de la mujer con respecto al varón. Pero sucede que lo femenino y la mujer son comprendidas por Gertrud von Le Fort no por *exclusión*, según esquemas sobrepuestos a la realidad, sino gracias a la *inclusión*, en profunda sintonía con la realidad: es aquella reciprocidad, reflejo de un núcleo de identidad inalcanzable, que en último término remonta al misterio trinitario. De hecho, Gertrud von Le Fort va tejiendo, con su peculiar atención a las diferencias y receptividades propias de la vida femenina (6), aquellos aspectos fundamentales del misterio último de toda realidad, dentro de cuyos parámetros no sólo están unidas la Literatura y la Teología, sino también enfoques posmodernos: el amor (7).

Llevaré a cabo una aproximación a este misterio desde diversos ángulos —los más relevantes de la obra lefortiana—, que permitirán descubrir a la par los aportes actuales y teológicos de la obra de Gertrud von Le Fort. Luego, pondré de relieve de qué manera

- 
- (4) Esto se puede apreciar, sobre todo, en las dos grandes novelas: *Der Papst aus dem Ghetto*, Berlin, 1930; *Die Magdeburgische Hochzeit*, Leipzig, 1938.
- (5) Tónica de fondo, con que positivamente se supera el adagio anterior tomado de Dostoievsky. Cf. E. BISER, o. c., 209.
- (6) *Das Reich des Kindes. Legende der letzten Karolinger*, München, 1933.
- (7) E. BISER, o. c., 206.

el misterio de amor se gesta y explícita, a modo de revelación velada para un mundo falto de cobijo a causa del mismo hombre, pero interpelado por el Rostro de Dios, que se descubre como amor incondicional para con todos los hombres en su borbollar eterno.

## 1. EL MUNDO LEFORTIANO Y SU DESGARRE

El mundo, que trasunta en la obra literaria de Gertrud von Le Fort, responde a una visión peculiar de hábitat, ilusión y proyecto, descritos en su bondad originaria y belleza fundamental, nunca cuestionada por la autora. La configuración de este mundo, sin embargo, es dramática: emerge de la acción transformadora del hombre sobre la naturaleza como señor y eje fundamental de todo lo que se denomina cultura.

Sin duda, impresiona la amplitud geográfica y cronológica del mundo en el cual se mueve Gertrud von Le Fort con una obra literaria no demasiado extensa, a la vez que atestigua un conocimiento preciso de lugares y tiempos presentes, pasados y futuros; el ser humano, que aquí emerge, es verdaderamente un *ser-en-el mundo*. Lo concreto de sus gestos, raíces y entornos permiten al lector no sólo oler la primavera de la campiña romana, admirarse de las puestas de sol y perderse en los inmensos bosques, sino también sentir este agobio tan peculiar, que se produce por la falta de aire en los estrechos pasillos de las catacumbas.

Este mundo lefortiano surge compuesto bellamente en torno a sucesos sublimes, como lo deja en evidencia aquella creación de Dios, realizada por amor y porque El merece ser amado. El amor a la naturaleza dio fuerza a la poetisa en momentos difíciles de su vida, según su propio testimonio. Es llamativo el afecto y aprecio que la poetisa manifiesta no sólo por los paisajes hermosos, sino también por los animales. De tal modo, el desgaste inútil y el abuso culpable hasta con las flores –todo cuanto hoy tiene que ver con la ecología–, provoca la indignación de la autora; ello simboliza el significado del perdón –que Heini pide a su perro Barry–, y esos fuertes reclamos contra el mundo tecnificado de las máquinas, que destruye la belleza del medio ambiente y le roba al hombre su corazón y desfigura su rostro (8).

Tal mundo, descrito con peculiar énfasis en lo geográfico, interrelacionado con centros importantes de la cultura occidental (Roma, Heidelberg, Magdeburg), se gesta, sin duda, en el presente desde un pasado complejo que transcurre hacia el futuro incierto: esta dimensión del tiempo, sobriamente medido por acontecimientos cotidianos y también por hechos históricos extraordinariamente relevantes, cual lo fueron las dos guerras mundiales, se encuentra profundamente entretejida –sin embargo– con lo legendario y supersticioso: la autora suele subrayar esta índole misteriosa del mundo como *natural*; advierte al hombre el *algo más* de su existencia, a lo cual siempre ésta queda expuesta, y que por esa capacidad singular, denominada *Zweites Gesicht*, no sólo emerge de la realidad, sino se funde con ella.

(8) Cf. La crítica fuerte a la celebración navideña tecnificada: *Das Kleine Weihnachtsbuch*, Zürich, 1954.

Gertrud von Le Fort nos advierte acerca de una innegable compenetración de datos y tiempos, que pueden apreciarse en lo que sucede en oportunidades frecuentes, donde los conflictos personales a partir de la mera vida cotidiana y contradictoria trascienden hacia promesas de un futuro no asegurado: el mundo –que al parecer está en manos del hombre– se le escapa; en definitiva, siempre hay despedidas, y con frecuencia irrevocables. Atestiguan aquello que la poetisa designa con cuidado “la *Verfügung* de Dios”, una experiencia límite, que sólo por la acogida libre se transforma en oferta amorosa, aunque no siempre reconocida como proveniente de Dios (9).

La autora suele abrir tales experiencias límites, que se configuran externamente en toda su concreción hacia horizontes próximos, pero dudosos –a modo de estos anhelos de la madre-viuda de poder volar como los pajaritos para escapar de unas bodas no deseadas (10)–, con frecuencia hacia el mundo de la conciencia interna, donde estados anímicos transparentan su verdad interna y profunda. Mientras, de tal modo, para Enzo Roma no es más que un montón de ruinas, por las caricias de la mirada de la abuela, esta misma realidad se despierta en toda su nobleza viva. La poetisa no se contenta, entonces, con la simple mirada del ojo sobre el mundo, a ella le inquieta de cuál manera el mundo puede ser el del ojo: el mundo lefortiano remonta al corazón del hombre, al poder de su libre voluntad.

En efecto, son deseos y pretensiones humanas que tratan de dar forma al mundo y a la historia, sin poderlo, en definitiva, como lo demuestra Gertrud von Le Fort por medio de una serie de hechos, que encuentran su paradigma máximo en la muerte catastrófica del amigo de Enzo: éste se queda mudo ante el caos no dominado. Hay siempre algo que a los personajes se le escapa de su mundo, hasta el extremo que pervierten conscientemente su bondad connatural: el caso de Frau Seide es el testimonio excepcionalmente elocuente de tal perversión. La autora, de modo magistral, ha logrado crear personajes como éste: encarnan la ambigüedad del mundo pervertido –su vanidad, diría la Biblia–.

De este modo, el mundo lefortiano, que emerge marcado por la ambigüedad, revela una innegable falta de techo y cobijo, que trasunta precisamente allí donde se pretende sacar a la luz lo más entrañable de su realidad: el velo levantado de la carmelita Luisa pone a descubierto un rostro lleno de lágrimas (11). En este sentido, resulta del todo angustiante la bajada de Tante Edelgard a la profundidad subterránea, debajo del altar de san Clemente: se transforma en abismo, frente al cual el personaje se desmaya, no sólo a causa de la oscuridad impenetrable, sino debido al desgarramiento total de todo cuanto existe allí, y que produce aquella náusea y angustia existencial que emanan las ruinas. Estas ocupan, en efecto, un espacio considerable en la argumentación lefortiana, pero las trascienden continuamente.

Se hace notar, mediante esta técnica narrativa, la dramaticidad intrínseca de la comprensión lefortiana de la existencia del hombre en este mundo. La autora se permite una crítica permanente de todas las concreciones institucionales creadas por el ser

(9) *Der Turm der Beständigkeit*, Wiesbaden, 1957.

(10) *Die Unschuldigen. Dem Andenken der toten Kinder des Weltkrieges, en Gelöschte Kerzen. Zwei Erzählungen*. München, 1953, 55-120.

(11) *Die letzte Begnung*. Novelle, Wiesbaden 1959.

humano, tanto civiles como eclesiásticas, aunque la crítica a estas últimas ocupa mucho menos espacio en su obra, que las primeras. Si tal crítica se realiza con un aire de *no-conformismo comprometido* con el mundo (12), no cabe duda su relevancia teológica peculiar: pone de relieve la crisis permanente de un *mundo en pedazos, privado de cobijo*, es decir, empecatado, pues *alienación* es para Gertrud von Le Fort la definición del pecado (13).

## 2. LA FALTA DE COBIJO Y SUS CAUSAS

En la obra de Gertrud von Le Fort la existencia humana es comprendida fundamentalmente como *ex-puesta* y en calidad de tal pendiente sobre un abismo, que para la mayoría de los personajes es el de la nada y el absurdo, semejante a lo que sucede a muchos hoy. Abundan –por lo mismo– las expresiones de la angustia, que constituyen el grito *de profundis* que pasa transversalmente por la globalidad de la obra lefortiana y encuentra, en Blanche, su encarnación y condensación más acertada, incluso cruel, a causa de su inocencia: figura descobijada total desde las raíces de su nacimiento hasta su existencia posterior detrás de los muros “seguros” del Carmelo: su mera presencia despierta lástima a los ojos de la Madre Encarnación *...esta pobrecilla...* en medio de los horribles acontecimientos de la Revolución Francesa (14).

En este sentido no resulta casual que la figura principal de la obra de Gertrud von Le Fort es la huérfana Verónica, que en ninguna parte parece hallarse en casa: vive siempre como si viviera en tierra extraña: sea en Roma, por su origen alemán; sea en Heidelberg, por su nostalgia por Roma (15). Más que la carencia natural de padres y del calor de una casa paterna, Verónica sufre una privación de cobijo profunda: este mundo, a través del cual ella camina como por la noche oscura de Roma, no parece ser el suyo; ni siquiera la cercanía de su amigo Enzo logra hacérselo sentir de otra manera: “cae más bien por todos los pisos del ser”, precipitada hacia lo que aparece sin fondo... una caída, que la obra lefortiana relata más de una vez.

Sin embargo, por sobre tal falta de cobijo que experimenta Verónica de modo todavía connatural, hay otra peor: la autora la describe en la muerte de la abuela de Verónica. Esta persona tan noble, de tanta dignidad, pierde su postura y esperanza al caer en el vacío existencial con un desamparo sin igual, pero de índole pagana neta –y del todo *atrasada*–, durante su camino a la muerte y en la muerte misma: el fin de un modo de existir, elegido libremente, pero superado por el curso de la historia... Y sin embargo, angustiosamente actual: gran parte de los hombres vive hoy así, según el Vaticano II.

Un grado superlativo del encontrarse descobijado en este mundo, causado de modo notoriamente más culpable, emerge con otros hechos, tales como Gertrud von Le Fort los describe con la muerte de Starossow, amigo católico renegado: no es simple-

(12) E. BISER, o. c., 208.

(13) E. BISER, o. c., 205

(14) Die Letzte am Schafott, Wiesbaden, 1931.

(15) Hälfte des Lebens. Erinnerungen, München, 1965.

mente la nobleza del paganismo, sino el abandono consciente de la fe católica lo que transforma esta muerte –a la sombra de la propia madre fiel a su fe– en un suceso horrible y absurdo. Por lo cual esta privación de cobijo resalta con máxima nitidez en Enzio, el causante orgulloso de esta muerte –orgullo más obstinado que el que caracteriza a la Fräulein Poetzen–; causante de esta tragedia por imposición de fines fanáticos, que aniquilan el núcleo personal del que dejó de ser amigo, para transformarse en un ser sin alma ni corazón, pero profundamente angustiado, suerte de la cual Verónica –expuesta a la misma voluntad destructora de Enzio– se salvó a duras penas. Pero mientras Enzio sigue activo hasta su conversión definitiva, el estado lamentable en que quedó la Fräulein Poetzen, la deja totalmente inactiva en el sentido de una conversión.

Pese a que en esos datos ya se perfilan los primeros contornos del despliegue del poder demoníaco, que para Gertrud von Le Fort parece ser la causa decisiva de la privación de cobijo del hombre como ser en el mundo, la autora describe la plena realización de tal poder recién por medio de un número considerable de personajes, entre los cuales destacan Frankenstein y Onkel Eberhard, quienes, al no respetar límite alguno en la persecución de sus fines malvados, proceden al ataque, a la destrucción y... desaparecen. Resalta la dificultad para reconocer su verdadera identidad: gente ingenua, al estilo de los guardianes de la ciudad, dejan entrar al “pescador” y la madre, cegada por el amor al propio hijo, es incapaz de descubrir al malhechor de tal calibre, como lo es Eberhard, antes que los hechos las convenzan. Esta dificultad propia del mal, desde una perspectiva teológica de ser reconocido como tal, se extrema en la figura del Papa del Ghetto, hasta una sutileza máxima, aunque su final es idéntico al de los personajes anteriores: simplemente desaparece. El mal desemboca en una especie de autoeliminación, más sofisticada, por cierto, que la del tirano Asedio o el suicidio del papá de Heini, que es de otra índole.

Puede apreciarse que para Gertrud von Le Fort, la privación de cobijo emerge del pecado y encuentra su expresión definitiva en lo absurdo. Sin duda, alcanza su *culmen* y condensación mayor en la figura aparentemente inofensiva de Frau Seide. Pero cuando debajo de toda apariencia burguesa y acogedora de su persona se articulan gestos y reacciones semejantes a los de Frankenstein, no cabe duda que su egoísmo desmedido no conoce otra cosa sino a sí misma: no sólo se muestra incapaz de cumplir con los deberes más sencillos de una esposa, también está dispuesta a establecer alianza con los poderes destructores de la vida. Ella, pero, sobre todo, su noble esposo a causa de ella, entran en el desamparo existencial más radical y desolador, de todos cuanto relata Gertrud von Le Fort: a partir de la persona de Frau Seide se extiende a los que la rodean. Resulta llamativo y digno de pensarlo: esta figura no desaparece, al igual que sucede con los demás malhechores, tampoco se redime como Frau Wolke, semejante a ella en varios rasgos, permanece allí, simplemente: ¿por cuál razón?, ¿como expresión de una cultura estéril y desamparada en todo lo que se refiere a sus características post-cristianas? No carece de importancia el que se trate de una mujer, una mujer fracasada en su misión de dar vida, es decir, de entregar al esposo los hijos deseados.

Llama la atención que la mayoría de las situaciones descritas como carentes de cobijo, tienen que ver con situaciones existenciales fuertes, en especial con la muerte. Sin embargo, tal privación, tal orfandad y desnudez, desde la perspectiva teológica causada por el pecado del hombre, no están desprovistas de sostén y amparo en la obra lefortiana, a diferencias de otros autores contemporáneos. Por el contrario, hay una

presencia misteriosa y predispuesta a acoger al ser desamparado: lo envuelve, tal si lo intentara con el propio manto de Ackermann, tal si repitiera la escena en la cual aquél lleva a su novia desnuda al altar, del mismo modo que Blanche es llevada por seres benévolos encima de los hombros para escapar de la “suciedad”: manos invisibles impiden una última desintegración de estos seres, tan expuestos en su integridad personal. Suele vislumbrarse un rostro en medio de toda oscuridad, aunque velado, que no deja revelarse como el Rostro.

### 3. EL DESVELAMIENTO VELADO DEL ROSTRO

En efecto, los rostros de los personajes que configuran el mundo lefortiano se desvelan con perfiles propios muy afinados, y de modo lúcido y consolador, sobre el trasfondo oscuro y desintegrado a causa de la falta de cobijo, sean sus contornos fuertes o tenues: tienen un poder peculiar de irradiación, que a la vez se manifiesta y oculta a modo de un velo, signo eminente de la femineidad y también del ser mismo. De este modo, para Gertrud von Le Fort no hay imposición de un *en-frente* sobre otro, pero sí receptividad recíproca constituyente del ser mismo como en el caso de Verónica: reflejo y confirmación al otro y a partir de él, lo mismo que por un espejo, símbolo, sin duda, muy querido por la autora y de peculiar profundidad teológica.

Lo anterior significa que esta forma peculiar del pensar lefortiano –su *Denkform*– y su manera de argumentar descansan en la polaridad, como la poetisa misma lo indica, es decir, por lo cual todo monopolio le resulta sospechoso por cuanto causante último de todo desequilibrio; lo explicita la autora, particularmente, en su obra *Die ewige Frau* (16). Cabe recordar la raigambre bíblica-teológica de la dignidad de la persona, que remonta al mismo misterio trinitario. En efecto, para Gertrud von Le Fort, el desvelamiento del rostro surge ante el Rostro de Dios cual receptividad singular y creatural, que, de tal modo, se torna inadvertidamente acción y determinación (17).

Esto explica que los personajes con rasgos paganos reflejen también una dignidad tal, más individualizada, aunque de modo más enigmático y velado todavía: conservan su rostro como descifrado, pero abierto hacia el espectador: transmiten un fulgor oculto que da a entender una actitud en espera permanente, así p. ej., la abuela espera que el gran amor de su vida se consuma en el de Enzo y Verónica. Puede apreciarse en el modo de ser de ella, como también en el apoderado-amigo de Verónica: hay una especie de promesa y misterio en ellos, que siempre añora algo más, pese a que no se les quita su tristeza básica: atestiguan que el tiempo pasó y, por eso, desploman en su destino inacabado; entre tanto, el padre de Verónica, figura cercana y semejante a las dos anteriores, no tarda en encontrar su camino y ser acogido por el misterio. Notoria la simpatía que la poetisa les tiene a estas personas ya no cristianas: su mirada *cat-olice*, desde la totalidad, descubre en ellos, sin duda, los vestigios del Rostro eterno, sin saber ni dar a conocer exactamente de qué modo ellos se interrelacionan con Este.

(16) *Die Ewige Frau*, München, 1934.

(17) *Die Verfemte. Ein Erinnerungsblatt*, München 1953, en *Gelöschte Kerzen. Zwei Erzählungen*, München, 1953, 7-53.

Quizás con tanto más fuerza expresiva, casi demasiado potentes y perfilados, emergen los rostros de varones y mujeres judíos, en mutua complementación, desde un contexto deplorable y marginado, pero con una conciencia inigualable de su dignidad racial propia. Son los varones, en primer lugar, que se refugian bajo el manto del Papa, a fin de salvar la vida; reciben el bautismo por razones no del todo aclaradas y emprenden la carrea eclesiástica hasta sus más altos peldaños, como lo describe magistralmente en *Der Papst aus dem Ghetto*. En estrecha interrelación con ellos, las mujeres aportan su especificidad en la realización histórica de lo que ellas creen ser la promesa, pues se saben elegidas para esta tarea, como Miriam en cuanto mujer y madre solícita.

Sin embargo, quizás precisamente esta actividad demasiado acentuada, es la que hace frustrar en dichos personajes el designio de Dios: un velo parece tapar sus ojos, de lo cual es símbolo la ceguera de Trofea, la única hija de Miriam. Surge una falta de receptividad última frente a la voluntad de Dios, que transforma la elección en juicio y caída; sucumben en la tentación, y su muerte lo revela; aunque los derrotados de toda su vida fueron distintos, esta última hora pone a descubierto la verdad de su existencia: una fidelidad inquebrantable a la fe de los Padres.

Más cálidos y humanos, pero llenos de aquella pasión que llevó a Lutero a sobrepasar los límites justos del celo devorador por la gloria de Dios, emergen los rostros representativos del protestantismo: la pareja del predicador de Magdeburgo, varón sabio, entendido en las Escrituras y preocupado de que el plan de Dios para con su grey, su ciudad natal, se cumpla; su mujer, excelente madre de sus hijos, aunque sólo esto destaque, y ello explica esos rasgos infantiles de una existencia femenina delimitada demasiado por el hogar, sumisa al esposo, sin mayor perfil propio. Contrasta sí con Fraulein Poetzen, protesta viva y marcada por su orgullo desmedido, como también –de modo inverso– con María Duran, de la *Resistencia*, pero quien en su índole contestataria resulta consuelo vivo de las encarceladas injustamente: todas ellas, mujeres protestantes convencidas, se saben cumpliendo una misión delicada, pero humanamente incompleta; el peso reside excesivamente en los designios de Dios.

Muy distintos aparecen los personajes representativos de la fe católica, tales como el anciano Tilly, católico hasta la médula, que hace sentirse bien incluso al joven protestante Ackermann en su inquieta búsqueda; también la reina Uta, quien con una tranquilidad de espíritu y paciencia interminable sabe esperar, porque de veras sabe amar. El P. Angelo, en su actitud infinitamente sabia y acogedora –figura profundamente mariana–, sobresale por su calidad humana y como tal católica, abierta a todos. Su figura perfilada y cálida, y sin embargo velada en muchos de sus rasgos –apréciese cuanto sucede con todas las expresiones vivas del amor eclesial verdadero–, es completada por la del Decano de Heidelberg, un tanto intransigente al modo de Pedro, aquel quien logra animar a Enzio a buscar el perdón de la persona amada, cuando ésta sucumbe bajo el peso del sufrimiento infligido por él. Tal intensidad de contraste revela el rostro pleno del misterio de Dios en la Iglesia por una reciprocidad femenina, complementado en su profundidad masculinamente para un solo Rostro: el del Dios encarado en cuanto cuerpo total de Jesucristo.

Según la crítica literaria, este perfil marcadamente singular de los personajes lefortianos se suele remontar al origen aristocrático de la poetisa, pero desde una perspectiva teológica cabe señalar que está en juego un amor incondicional –concepto clave –*Schlüsselbegriff*– de la obra lefortiana– que “se someta a la ley de la historia, a la vez

que se transforma en motor de toda historia” (18), aunque, en definitiva, remonta al mismo misterio de Dios Uno y Trino. Así lo demuestra la figura de Jeanette, católica de modo incomparable, quien logra hacerse presente allí donde precisamente siempre se la necesita. En tal calidad, ella posibilita y acompaña el proceso de la conversión de Verónica para una configuración cada vez mayor con el rostro de Cristo.

#### 4. LA ENTREGA INCONDICIONAL DEL AMOR

El núcleo de toda la obra lefortiana se comprende desde este amor católico incondicional, aun cuando se refiera y advierta en el germen anticipado por todo tipo de amor, que puede provocar incluso rechazo –Enzio se queja de la excesiva receptividad de Verónica– y adquirir formas muy curiosas, en particular si emerge desde tiempos remotos, como es el caso del rey Arnulfo, personaje antiguo del reino de los carolingios, quien contrasta, en su incansable actividad de guerrero, pero esposo fiel y padre querido de su hijo, con su esposa Ute, mujer y madre paciente, que acoge todo lo débil e inválido bajo su manto. Afiora aquí el verdadero *leitmotiv* de la obra de Gertrud von Le Fort: este amor preferencial por débiles y necesitados, que se traduce en una actitud de entrega total, sin límites, silenciosa, pero real y siempre eficiente –aunque, con frecuencia y contra toda evidencia–, más allá de lo merecido. Es un amor vivido y descrito dramáticamente a través de conflictos que bordean las situaciones límites de la muerte, del sufrimiento y de la pobreza.

Gertrud von Le Fort manifiesta a lo largo de su obra una verdadera preferencia por los pobres y no se cansa en describir efectos asombrosos del amor incondicional de ellos y hacia ellos, en cuanto verdadero *milagro de los débiles*. Milagro, por cierto, que no se produce de modo instantáneo; es también fruto de decisiones que maduran durante largo tiempo, gracias al crecimiento continuo por medio de entregas insignificantes y no siempre exitosas: hay personajes como la tía Edelgard, que están siempre en camino de entregarse y recién lo logran en la hora de su muerte, o fracasan definitivamente. Otros, la madre de Verónica p. ej., enloquecen a causa del misterio del amor, mientras el padre de Verónica y Blanche crecen lentamente hacia un sí definitivo, velado todavía, pero real: irrumpe contra toda evidencia la gran sorpresa.

Impacta también percibir cómo la misma vida hace madurar el amor, suceso narrado mediante el caso de Frau Wolke: esta madre abnegada aprende a amar de veras, a través de los caprichos de su hijo, de tal modo que crece hacia una plenitud sencilla, laboriosa, pero auténtica, de la cual da testimonio ese mismo cambio exterior y su manera de vestirse. Por su parte, Miriam –madre pertinaz en la persecución de sus planes para con sus hijos– no logra encauzar su fuerte caudal de amor por la ruta trazada por el designio de Dios: su vida desemboca en una frustración sin igual de *sus* planes, porque no son los de Dios, es decir, de un amor incondicional.

Con mayor profundidad aparece el misterio del amor incondicional, allí donde la persona amada es humillada hasta el extremo, como sucede con la Fräulein Poetzen, símbolo elocuente de su ciudad natal Magdeburgo: ella, despojada de todo, es cubierta

---

(18) E. BISER, o. c., 206.

y envuelta por el mismo abrigo de su novio, para ser llevada al altar. ¿Quién no se acordará aquí de la actitud de Yahveh para con Israel, según lo relata el texto bíblico Ez 16?: la nupcialidad del amor incondicional alcanza su máxima expresión teológica.

No obstante lo examinado, en definitiva, la figura principal de la obra lefortiana, Verónica, es quien atestigua el misterio de amor sin límites. En una entrega de la propia vida hasta la última gota sigue fiel al lado de la persona amada, y soporta la cercanía del *mysterium iniquitatis* en todas sus expresiones y ataques, hasta que pierde la conciencia y bordea la muerte. Aquí el abandono total de sí misma, de un ser que ama incondicionalmente, salva la vida de otro, del amado, en su dimensión más profunda, de *sustitución vicaria*: hace patente la muerte de Cristo como una *muerte por nosotros*, por nuestros pecados, como un sacrificio de amor. En tal sentido, el pequeño rostro de Blanche refleja toda la angustia de los hombres al participar misteriosamente en la agonía de Cristo.

Este amor redentor vicario se encarna de manera tan connatural en Jeannete, que por su entrega silenciosa, redime a su esposo: siempre dispuesta, ella revela la verdadera índole del amor conyugal más allá de las infidelidades del otro, en cuanto entrega incondicional. Lo mismo vale de la Priora, figura modesta, pero amante de corazón: son estas personas profundamente humanas, que, como santas, permiten a Dios hablar en medio nuestro (19).

## 5. EL BORBOLLAR ETERNO DE LA FUENTE

No es casual que esta imagen narrativa, el borbollar de una fuente, abra acceso a la obra lefortiana y que su eterno salir y bajar se haga presente como música de fondo a lo largo de toda la obra. Palpita tanta eternidad en esta obra y sus personajes, profundamente marcados por la contingencia. Todo parece enmarcarse entre una predilección cuyo símbolo es la corona, los primeros encuentros y revelaciones del ser uno para el otro, el egoísmo que los separa y lleva al borde del fracaso y el ceder transformador definitivo de Enzo, cuyo signo son las lágrimas que humedecen las manos internas de Verónica.

La partida apresurada de Ackermann del lado de su novia y el largo y doloroso camino de vuelta, el tomar conciencia de su predestinación y el transportar la tan humillada en sus propios brazos hasta el altar, no expresan otra verdad que este movimiento circular que atestigua la fuente de modo desapercibido, en medio de los grandes eventos del mundo y de la guerra. La estrofa final del *Veni Creator*, cantada por Blanche, antes de subir a la guillotina, da testimonio que el amor sacrificial se consuma. Hay algo definitivo en este ir y venir del tiempo.

En el intervalo, en este *intermedio*, lejos del origen intacto y también lejos de la meta, no sabemos adónde huyó el Papa judío cismático, pero el ritmo eterno de la fuente romana nos invita a una confesión verdaderamente católica, es decir, universal: *perdónanos nuestros pecados...* Todo se *ex-pone*, en definitiva, al juicio de Dios como

(19) Cf. Consolata. Erzählung, Zürich, 1948.

última palabra respecto de todo lo que acontece en la historia y el mundo. Creer y no creer o creer a medias, de buena conciencia, equivocadamente, todo esto lo abandona la autora, en definitiva, a la mirada misericordiosa de Dios: comienza una vida nueva. De ahí el significado profundo de los niños del pastor protestante, que suben al carro: se dejan llevar confiadamente hacia un futuro prometedor, aunque desconocido...

## A MODO DE CONCLUSION

No puede negarse la dificultad que Gertrud von Le Fort tiene de hacerse valer hoy: la baja recepción de su obra por parte de los críticos y del lector común lo demuestran, para no hablar de su ausencia casi total en la Teología actual. Esto puede tener diferentes causas, que no siempre van en desmedro de la autora –la fuerte actualidad hará difícil toda recepción–, y que puede también remontar al mismo lector, quien evita exponerse a esta acerba crítica de la sociedad, que trasunta en la obra lefortiana: lo anticuado es condición y forma del presente (20). Pese a ello, ¿estos contrasignos no podrían ser –como ha sucedido con tantos pensadores a lo largo de la historia– precisamente señales de una actualidad vital porque eterna y que como tal se abre más que para el presente, desde el pasado hacia el futuro?

Hay que reconocer que no resulta fácil hablar de la actualidad teológica de esta escritora, por el hecho que su mismo lenguaje un tanto pomposo, su refinada simbología recargada, sobre todo en su estilo himnico, obstaculizan el acceso a las riquezas innegables del universo teológico lefortiano en sí, y más todavía, si se pretende rescatar su actualidad en este preciso momento, donde la misma Teología se presenta como plural desde dentro. Sin embargo, pese a que la fe impregna en tan alto grado los escritos de Gertrud von Le Fort y la conversión a la Iglesia católica acrecentó la creación artística en ella –lo que es poco común, según los críticos más agudos– no resulta fácil hablar de la relevancia que hoy adquiere en América Latina esta escritora.

En efecto, resulta innegable que la argumentación lefortiana tiene sus riesgos y lagunas: ¿Qué es lo que impidió a la autora completar el tercer volumen de tan obra magna, y coronar, como probablemente fue previsto, el todo como una trilogía? Conocemos, por cierto, sólo *la mitad de la vida* de la autora, el resto queda oculto a nuestros ojos, envuelto por la profundidad del misterio de su existencia personal. ¿No será que el concepto del *otro* todavía no es suficientemente *otro*, para llegar a un desborde de novedad siempre mayor? ¿El servicio tan propio del amor incondicional pregonado por Gertrud von Le Fort, en definitiva, se escaparía del peligro de tornarse ideológico, como algunas críticas lo pretenden calificar? ¿Con esto la obra lefortiana compartiría la suerte del *Idiota* de Dostoievsky? Sólo una mirada a Jesucristo, el Siervo Sufriente, despeja las dudas, pero ¿quién se anima y decide hoy a mirar al hombre verdadero, a *Aquel a quien traspasaron?* –Jn 19, 26–. Precisamente a esto nos insta e invita Gertrud von Le Fort: toda su obra no pretende otra cosa sino *con-vencer* a amar, de verdad..., *porque Dios es amor*. Y lo es hoy y siempre...

(20) E. BISER, o. c., 204-205; 212.

## RESUMEN

El presente estudio indaga la actualidad teológica de la poetisa germana Gertrud von Le Fort en *un mundo falto de cobijo*. Sin preguntarse explícitamente por el modo peculiar de cómo *hacer Teología* hoy, la obra lefortiana gesta una impresionante respuesta teológica a los interrogantes más profundos del ser humano, expuesto a la nada y su poder destructor: es *Revelación velada* de la radicalidad del *Dios que ama* a un mundo carente de receptividad y adverso a lo cristiano. En sus modulaciones más variadas la respuesta de Gertrud von Le Fort es simple: Dios es amor y lo único que vale es dejarse amar para amar hasta el extremo: entonces el mundo se *con-vencerá*. Se trata, por consiguiente, de una manera genuinamente bíblico-teológica de *hacer Teología*, que articula su profundidad inaudita por medio de la dramaticidad de personajes muy perfilados. No cabe duda acerca de la peculiar relevancia ecuménica de un tal "*quehacer teológico*".

## ABSTRACT

This article explores the theological condition of the German poetess Gertrud von Le Fort in a world devoid of protection. Without explicitly questioning the way in which theology is done today, Le Fort's work presents an impressive theological reply to the most profound questions besetting the human being liable to nothingness and its destructive power: Revelation veiled in the radicalness of a God who loves a world lacking receptivity and adverse to Christianity. In her most varied modulations, Gertrud von Le Fort's answer is simple: God is love, and the only thing that matters is to let oneself be loved in order to love others to the utmost. It is then that the world will be convinced. Therefore, it presents a genuinely biblical-theological way to do theology, which articulates her extraordinary depth through the dramatization of well-defined characters. There can be absolutely no doubt about the special ecumenical relevance of such a way to "do theology".